

Las *Confesiones* de San Agustín, paso a paso (II)

RESUMEN

El libro sexto de las *Confesiones* se desenvuelve en el comienzo de la treintena de Agustín, en Milán. Es un momento crucial en que había abandonado el maniqueísmo, va descubriendo una interpretación asumible de la Escritura y busca desesperadamente la verdadera naturaleza de la felicidad. En el libro séptimo, constata los grandes avances que logró en su época de catecúmeno de la Iglesia católica, cuando contaba unos treinta y un años de edad. El libro octavo representa el momento cumbre de la conversión sin reservas de Agustín al Señor, a los treinta y dos años. En el libro noveno, se va concretando el cambio de vida, enteramente consagrada al Señor, primero en Casiciaco y, después del Bautismo, con un propósito de vida común en África. La muerte de su madre le brinda la ocasión de incluir una semblanza de Mónica.

PALABRAS CLAVE: Felicidad, matrimonio, sabiduría, muerte, vida común, vida eterna, Iglesia, Bautismo, salmos, lágrimas.

ABSTRACT

The sixth book of *Confessions* unfolds at Augustine's beginning thirties, in Milan. It is a crucial moment, in which he had dropped out the Manichaeism, is finding out an acceptable interpretation of the Scripture and seeks desperately the true nature of happiness. In the seventh book, he verifies the great progress he reached being a catechumen in the Catholic Church, when he was about thirty years old. The eighth book represents the peak moment of Augustine's conversion to the Lord without any reserve, being thirty two. In the ninth book, it is being specified the change of life, fully consecrated to the Lord, first in Casiciaco and, after Baptism, having a common-life purpose to be developed in Africa. His mother's death gives him the occasion to include a biographical note of Monica.

KEY WORDS: Happiness, marriage, wisdom, death, common-life, everlasting life, Church, Baptism, psalms, tears.

PRESENTACIÓN¹

Durante varios años, la «Fraternidad agustiniana laical San Alipio» de San Lorenzo de El Escorial, vinculada a la comunidad del Monasterio, ha realizado la lectura (por segunda vez) de las *Confesiones* de san Agustín, lo que, como consiliario, me ha dado la oportunidad de ir resumiendo cada número de la obra del santo obispo de Hipona a fin de ir facilitando, en la medida de lo posible, su comprensión.

El trabajo que presento sigue la traducción de José Cosgaya publicada por la BAC en 2013, y no tiene otra pretensión que la de servir de ayuda al lector que se acerca por primera vez a esta célebre obra del santo doctor de la Iglesia para un sencillo entendimiento del relato.

Este resumen puede leerse antes o después de abordar el texto de las *Confesiones*, o bien de forma continua, a modo de síntesis de la obra.

Espero que la oportunidad que la revista *La Ciudad de Dios* me ha brindado de publicarlo en tres números sirva de provecho a alguno.

***Confesiones* VI 1,1**

Comienza el libro sexto lleno de interrogantes, encontrándose Agustín en una situación crítica, en que había abandonado a los maniqueos y había perdido la esperanza de encontrar la verdad. Interroga a Dios dónde se encontraba en aquel momento crucial de su vida, y reconoce que lo buscaba fuera de sí.

Su madre Mónica se ha reunido con él en Milán. Agustín la considera como una heroína que alentaba a la tripulación en medio de la borrasca. De igual manera, le atribuye una seguridad sobrehumana acerca de su conversión, de forma que no se dejó impresionar por la noticia de que había dejado de ser maniqueo. No obstante, no cesa de orar por su hijo y siente una devoción entrañable por el ministro de Dios (Ambrosio) que había obrado el cambio en su hijo.

¹ En atención al lector que no conoce la primera parte de este resumen, repetimos aquí la presentación del trabajo, para que le ayude a ponerse en situación.

Confesiones VI 2,2

Refiere Agustín la costumbre de llevar ofrendas de alimentos y hacer libaciones en las tumbas de los mártires, que Ambrosio había prohibido por su sabor pagano y por propiciar borracheras. Mónica acató de buen grado la prohibición al saber que venía de Ambrosio, a quien amaba cordialmente, y que le correspondía con su admiración. En lugar de estas ofrendas, optó por dar a los pobres lo que podía.

Confesiones VI 3,3

Por entonces, Agustín había dejado la oración, que le servía de desahogo, aunque se mantenía activo en la búsqueda de la verdad.

Le hubiera gustado haber podido dialogar largo y tendido con Ambrosio, a quien admiraba como un hombre feliz y honrado, aunque no conocía su intimidad, en la que el hombre espera, lucha y goza.

Lo recuerda Agustín como un obispo muy ocupado en un montón de negocios humanos, y que aprovechaba el tiempo libre en la lectura. Le llamaba la atención que leyera en silencio. Como se podía tener acceso a las estancias del obispo, Agustín se pasaba largos ratos observándolo.

Confesiones VI 3,4

Eran tantas las inquietudes de Agustín que necesitaba una persona muy desocupada a quien exponerlas, y ésta no era precisamente Ambrosio. A éste lo escuchaba todos los domingos e iba convenciéndose de que todas las objeciones de los maniqueos a la Iglesia católica podían encontrar solución. Por ejemplo, la enseñanza de que Dios había hecho al hombre a su imagen no significa que hubiera de concebirse a Dios circunscrito a un cuerpo material, con miembros, como ocurre con el hombre.

Confesiones VI 4,5

San Agustín siente vergüenza por haber permanecido tanto tiempo en el error maniqueo, particularmente por haber atribuido a la Iglesia una idea equivocada de la forma en que el hombre es imagen de Dios, como si, de ahí, se siguiera que Dios tiene miembros humanos. Se siente abochornado por la petulancia con que había sostenido su error, a la vez que, a medida

que iba cambiando su idea, se alegraba de que la Iglesia no defendiera una concepción tan grosera de Dios.

Confesiones VI 4,6

También se alegraba de que las explicaciones de san Ambrosio lo hubieran librado de entender las Escrituras de forma groseramente literal. Se encontraba en un momento crítico en que veía aceptable la explicación que daba Ambrosio, pero para asumirla sin reservas le faltaba el paso de la fe, que no daba por temor a incurrir en un nuevo error. Así que suspendía su juicio, aunque no hasta el extremo académico de negar toda verdad, como que siete y tres son diez. Quería comprender las verdades espirituales como entendía las verdades matemáticas.

Confesiones VI 5,7

Hacia el 385/386, llega al convencimiento de que era más creíble la enseñanza católica que la maniquea, que alardeaba de ciencia, pero terminaba imponiendo una fe irracional. Cayó en la cuenta de la necesidad de la fe aun en la vida humana ordinaria. En cuanto a la fe en las Escrituras, llegó a persuadirse de su veracidad, en parte, por el prestigio universal de que gozaban, pero también por lo arraigada que siempre estuvo en él la fe en la existencia de Dios y en su providencia.

Confesiones VI 5,8

Confiesa que siempre creyó en la existencia de Dios y en su solicitud amorosa por los hombres, aunque ignoraba la esencia divina. Al no poder avanzar en el conocimiento de Dios por vía de la razón, acudió a las Escrituras. El escollo de los absurdos que se le iban presentando lo iba superando gracias a explicaciones verosímiles, según las cuales se podían distinguir varios niveles de comprensión: uno, asequible a los no instruidos y otro verdaderamente misterioso. Siente Agustín cómo Dios lo acompañaba en toda la travesía.

Confesiones VI 6,9

Desde la distancia, entiende que Dios le era tanto más propicio cuanto más dificultaba su felicidad, que, por entonces, ponía en los honores, las riquezas y el matrimonio. Reconoce que era desdichado y ve a Dios como encarándolo a su desgracia para que, de una vez, se decidiera a volverse a Él.

A este propósito viene el caso del pobre mendigo borracho de Milán (a. 385), que cuestiona a Agustín su modo de vida. Resulta que aquel mendigo había comprado con unas monedas su alegría, en tanto que Agustín, con todos sus afanes y reconocimientos, no salía de su miseria. Por supuesto que no se cambiaría por el borracho, pero ¿de qué le servía su brillante carrera si al final la dicha lograda era aún más falsa que la del mendigo?

Confesiones VI 6,10

Es importante conocer los motivos de los gozos y alegrías personales. Se puede decir que es más excelente conseguir la gloria que alegrarse con el vino; pero posiblemente es más falsa la gloria que no está referida a Dios que la alegría de una borrachera, pues, al menos por unas horas, el borracho olvida sus problemas, en tanto que Agustín sentía que las preocupaciones le roían las entrañas: «veía que me iba francamente mal».

Confesiones VI 7,11

Comentaba esta situación interior con sus buenos amigos Alipio y Nebridio. Especialmente Agustín y Alipio sentían un afecto mutuo. Aprovecha Agustín la entrada de Alipio en el relato de sus *Confesiones* para hacer una semblanza de su buen amigo, retrayéndose a sus años de profesor en Cartago (a. 376-383). Alipio apreciaba la bondad y preparación académica de Agustín, y éste valoraba la personalidad y la virtud de Alipio. Una tacha señala Agustín en el joven Alipio, su loca afición por los espectáculos circenses, hasta el punto de preocuparse Agustín de que pudieran frustrarse las esperanzas que tenía puestas en su amigo. Pero no encontraba la oportunidad de decírselo pues pensaba que las diferencias que habían surgido entre Agustín y el padre de Alipio serían compartidas por el joven, que, no obstante, acudía a algunas clases de Agustín.

Confesiones VI 7,12

En la manera en que Agustín influyó en Alipio para que éste se apartara de los espectáculos circenses, ve Agustín la intervención de Dios en favor de quien tenía destinado para ser ministro suyo. Pues, en cierta ocasión, Agustín hizo en clase (estando presente Alipio) una crítica mordaz de los espectáculos, que sirvió para curar a Alipio de aquella peste. No pensó Agustín

especialmente en Alipio al hacer la crítica, por lo que atribuye enteramente a Dios aquella intervención suya, en la que el Señor hizo de su corazón y de su lengua brasas candentes. Aquello lo interpreta como un acto de misericordia de Dios para con Alipio, y son, precisamente, estas misericordias de Dios las que Agustín confiesa desde lo más íntimo de su ser. Seguidamente, Alipio tomó a Agustín por maestro y éste lo introdujo en la secta de los maniqueos, en los que Alipio admiraba la ostentación de austeridad, aunque fuera fingida.

Confesiones VI 8,13

Ya en Roma, Alipio había retomado la afición desmedida por los inhumanos espectáculos circenses, en cuyas garras había vuelto a caer cuando amistosamente unos camaradas lo forzaron a acudir a unos juegos. Se fió de sus fuerzas y éstas lo abandonaron en el fragor del espectáculo sanguinario, zambulléndose en el griterío de la gente.

Confesiones VI 9,14-15

Agustín retrocede de nuevo, en su relato, de Roma a Cartago, para referir otro suceso que tiene a Alipio por protagonista.

Es el caso de una acusación de robo —en que se vio envuelto Alipio— de un trozo de una balastrada de plomo en el barrio de los plateros. Las evidencias deponían en su contra pues se le halló con el arma del delito en las manos (un hacha).

Aprovecha Agustín para advertir que no se ha de dar crédito de manera temeraria en el examen de las causas. Lo cual sirvió de lección a Alipio, «que un día iba a ser el dispensador de tu palabra y examinador de muchas causas en tu Iglesia».

Confesiones VI 10,16

Sigue Agustín ofreciendo algunos rasgos de la personalidad de su amigo Alipio. Se refiere a la etapa romana, en que revivió con fuerza la amistad que profesaba a Agustín. Lo que éste quiere resaltar es la integridad de su amigo en el ejercicio de su cargo como asesor jurídico del conde encargado de las finanzas de las tropas italianas.

En una ocasión, hubo de oponerse a un senador que tenía mucho poder y que quiso utilizar sus servicios jurídicos para

emprender un proyecto ilegal, a lo que él se opuso rehusando prebendas y resistiendo amenazas.

Su integridad hubo de superar otra prueba en que lo puso su afición a las letras, viéndose tentado a aprovechar, en beneficio de su particular afición literaria, la facilidad que se concedía a los juristas para copiar códigos. Finalmente prevaleció el sentido de la justicia.

Tanto Agustín como Alipio compartían la perplejidad sobre su futuro. Cuando Agustín se trasladó a Milán, Alipio lo siguió.

Confesiones VI 10,17

Nebridio era otro gran amigo de Agustín. Por estar a su lado para buscar juntos la verdad, había dejado su entorno familiar confortable, cerca de Cartago, y se había ido a Roma. A continuación, siguió a Agustín y a Alipio a Milán.

Era también un espíritu perplejo y anhelante, inquieto por el tema de la felicidad humana: dice Agustín que eran «tres bocas hambrientas». Lo califica como una inteligencia profunda, pero angustiado también por la falta de luz y de certeza en las cuestiones importantes, e insatisfacción por la vida mundana que llevaban.

Confesiones VI 11,18

En el momento al que se refieren estas líneas, tenía treinta años y recuerda que, desde los diecinueve, la sabiduría había sido su gran pasión, hasta el punto de haberse prometido a sí mismo que, cuando la alcanzara, abandonaría todas las expectativas vanas. Pero habían transcurrido once años y seguía en el mismo lodazal de la avidez por disfrutar las realidades presentes. Le angustiaba el encontrar un sentido a su vida, pero no hallaba ninguna certeza.

Vislumbraba una tenue esperanza en la nueva forma de interpretar de modo espiritual los libros sagrados por parte de los eclesiásticos. Necesitaba contrastarlo con alguien, pero Ambrosio no podía; debía estudiar, pero no tenía tiempo; tendría que adquirir códigos, pero no le alcanzaba el dinero.

Confesiones VI 11,19

Sentía impulsos de dejarlo todo y consagrarse a la búsqueda

da de la verdad. Le inquietaba el sinsentido de la vida y la incógnita de la muerte. ¿En qué desembocaría una vida como la que llevaba? O lo que sería terrible: ¿acabaría todo en la muerte? No podía ser, pues eso es rebatido por la autoridad de la fe cristiana extendida por el mundo; asimismo choca con la hermosura del mundo creado por Dios.

Los impulsos por abandonarlo todo para dedicarse por entero a la búsqueda de la sabiduría encontraban freno dentro de sí en otros cálculos más realistas: el encanto del mundo, sus posibilidades de alcanzar una buena posición social sin tener que renunciar ni al matrimonio ni a la búsqueda de la sabiduría.

Confesiones VI 11,20

Estas ventoleras llevaban su corazón de un lado para otro retrasando el momento de vivir en Dios. Amaba la vida feliz, pero le parecía que no sería posible sin los placeres de la vida, sobre todo las caricias de una mujer. Por otra parte, no se sentía con fuerza para abrazar la continencia, que no había entendido que es un don de Dios.

Confesiones VI 12,21

Alipio trataba de persuadir a Agustín de la inconveniencia del matrimonio, para no frustrar su deseo de buscar juntos la sabiduría. (Resalta Agustín la integridad de Alipio en materia de castidad). Agustín, que no se sentía capaz de guardar continencia, se esforzaba por proponer ejemplos de personas que, unidas en matrimonio, habían buscado la sabiduría y habían mantenido una amistad leal.

Confesiones VI 12,22

Alipio, que estimaba y admiraba a Agustín, no acababa de entender cómo es que una persona como él estaba tan apegada a los deleites carnales, hasta el punto de sentir él mismo curiosidad y de llegar a plantearse el matrimonio.

Agustín trataba de justificarse alegando lo arraigado de su costumbre; si el placer carnal se incluía dentro del matrimonio, entonces no había razón para ponerle objeciones. Bien es verdad —reconoce Agustín— que, del matrimonio, a él no le interesaba lo que le es más propio, como la formación de una familia, sino satisfacer su pasión.

Confesiones VI 13,23

Agustín y, principalmente, Mónica iban dando los pasos para que el primero alcanzara la estabilidad en el matrimonio y así poder recibir el Bautismo. Habían convenido el matrimonio con una jovencita a la que le faltaban dos años para la edad núbil, que, legalmente era a los doce años.

Por más que Agustín y Mónica pedían al Señor una señal sobre el matrimonio del primero, el Señor no daba ninguna indicación clara: Mónica sabía distinguir con seguridad entre las revelaciones de Dios y sus propias ensoñaciones.

Confesiones VI 14,24

Un grupo de unos diez amigos habían planeado vivir en comunidad buscando un ocio tranquilo: pondrían sus bienes en común de forma que todo fuera de todos. Dos de ellos se encargarían durante un año de los asuntos materiales, para liberar a los demás. El problema se planteó cuando buscaron la aprobación de sus mujeres: resultó inviable. Agustín percibe que Dios iba preparando sus planes.

Confesiones VI 15,25

Para disponerse para el matrimonio, hubo de separarse de la madre de su hijo, la cual se volvió al África prometiéndole no conocer a otro hombre y dejándole al hijo de ambos. Agustín no oculta su admiración hacia ella, que le dejó el corazón sangrando.

No pudiendo esperar dos años de continencia, se buscó otra mujer, no como esposa, sino para satisfacer su pasión. Pero su herida empeoraba.

Confesiones VI 16,26

Cada vez se hacía más miserable, aunque la mano liberadora de Dios se iba haciendo más cercana. Sólo el miedo a la muerte y el juicio de Dios lo detenían ante la sima de los placeres carnales.

Precisamente uno de los asuntos que debatía con Alipio y Nebridio tenía que ver con la posibilidad de alcanzar la felicidad a través de la satisfacción de los deseos corporales, como sostenía Epicuro. Para ello, también el cuerpo debía ser inmor-

tal junto con el alma. Comprende que tal pretensión era el colmo de la miseria, pues era incapaz de imaginarse la luminosidad de la virtud y de la belleza. Pero tampoco podría ser feliz sin los amigos, aunque pudiera satisfacer los deseos de placer del cuerpo. Luego no bastaban los placeres del cuerpo para alcanzar la felicidad.

Y es que sólo en Dios puede el hombre hallar la felicidad. Y el mismo Dios se ofrece como guía, como compañero de camino y como meta.

Confesiones VII 1,1

Entrado en sus treinta, no era capaz de concebir realidades que no fueran materiales.

Hacía tiempo que había dejado de imaginar a Dios con figura de cuerpo humano, aunque tampoco acertaba a pensarlo de otra manera. Lo concebía como el Ser sumo, único y verdadero, incorruptible, inviolable e inmutable, pues así debe ser el que es por excelencia, ya que de lo contrario no sería el Ser supremo. No admitía que Dios tuviera forma de cuerpo humano, pero no podía figurárselo sino como algo corpóreo, pues de otra forma se encontraba con la nada absoluta.

Confesiones VII 1,2

Le resultaba imposible concebir una sustancia que no se extendiera, se difundiera, se condensara o se hinchara; sería la nada absoluta. No caía en la cuenta de que su propia facultad de formar imágenes era distinta de las imágenes que fabricaba.

A Dios lo imaginaba como una sustancia extendida por todos los espacios infinitos, que lo impregna todo y lo abarca todo, algo así como el aire. Pero entonces resultaría que Dios estaría compuesto de partes y sería divisible, de forma que los seres más grandes tendrían una mayor porción de Dios que los más pequeños.

Confesiones VII 2,3

Los maniqueos explicaban la realidad como originada de dos principios: uno bueno, Dios, y otro malo, una especie de engendro de las tinieblas. Según ellos, la historia del universo se entendía como la inmersión de una parte de Dios en el mun-

do (esta parte divina serían las almas), para luchar contra las naturalezas no creadas por Dios, constituidas de materia, a resultas de cuya operación las almas quedarían manchadas, deterioradas y miserables.

Pero el razonamiento de Nebridio sobre tal propuesta reducía al absurdo la doctrina maniquea: pues (decía), o bien Dios es inviolable y la masa del mal no puede dañarlo y, en consecuencia, no hay razón para que se enfrente con ella (con lo que el maniqueísmo se desplomaba); o bien Dios es vulnerable, lo cual se contrapone a la noción de Dios; y, en todo caso, si Dios es vulnerable (en las almas, salidas de su sustancia), también lo sería la Palabra (el Verbo), de la que no se podría esperar la liberación de las almas, pues también ella es de la misma sustancia de Dios.

Confesiones VII 3,4

El principal asunto subyacente a la doctrina maniquea era el del origen del mal, que ellos trataban de explicar mediante el doble principio de la realidad: uno bueno y otro malo. Pero esto llevaba inevitablemente a admitir que Dios era vulnerable. Sin embargo Agustín consideraba inadmisibles que Dios fuera mudable, lo cual colisionaba con la misma noción de Dios. Así pues, había que buscar por otro lado la causa del mal, no en un principio malo capaz de perjudicar a Dios, sino en una naturaleza buena creada, capaz de incurrir en el mal.

Confesiones VII 3,5

Por ahí es por donde Agustín vislumbraba la posible solución al origen del mal. Tenía conciencia de su capacidad de elegir el bien o el mal: he ahí la posible fuente del pecado. Pero también reconocía que, a veces, hacía el mal que no quería, lo cual no había que imputárselo a una naturaleza ajena a la voluntad humana, sino a pena justa impuesta por Dios al hombre.

Ahora bien, ¿cómo señalar como origen del mal la voluntad humana, creada buena por un Dios bueno? Si retrotraemos el origen del mal a la voluntad del diablo, subsiste la misma pregunta: ¿de dónde procede la mala voluntad del diablo?

Los maniqueos, con su doctrina del doble principio, atribuían el origen de los pecados del hombre al principio malo con el que se había mezclado el alma; así libraban de responsabili-

dad al hombre, sin embargo, hacían vulnerable a Dios en el alma, que es de sustancia divina. Esto, naturalmente, le resultaba inadmisibile a Agustín.

Confesiones VII 4,6

Agustín parte de un axioma indiscutible y es que Dios es el Bien Sumo y perfecto, mejor que el cual nada puede pensarse, y, en consecuencia, es incorruptible, pues, si fuera corruptible, habría algo mejor que Dios, y Dios no sería Dios. Que Dios es Dios significa que es el bien mismo, mientras que la corrupción no es ningún bien. Dios quiere para sí el bien y nada puede forzar su voluntad, pues la voluntad y el poder de Dios se identifican con el mismo Dios.

No obstante la corrupción existe y es un mal; pero hay que situarla fuera de Dios.

Confesiones VII 5,7

Embebido en la búsqueda del origen del mal, nota que había equivocado el método de investigarlo. Da cuenta de la forma en que imaginaba la realidad: a Dios, como un océano infinito que rodeaba y penetraba la creación entera, visible e invisible, como si de una esponja finita se tratara, empapada del ser de Dios. Un ser bueno, «inmensa e incomparablemente más elevado que las criaturas».

Pero entonces surge la cuestión intranquilizadora: «¿dónde está el mal y de dónde proviene hasta colarse acá?» O «¿es que no existe?» En tal caso, ¿por qué lo tememos?

Siendo Dios bueno, todo lo que hizo ha de ser bueno. «¿De dónde viene entonces el mal?» ¿Acaso de la materia mala de que hizo las cosas? ¿Es que no pudo transformar la materia en buena? ¿O, mejor aún, aniquilarla y hacer una materia buena de la que sacara todas las cosas? ¿Es que podía existir una materia mala eterna contra la voluntad del Creador? En realidad, Dios «no sería omnipotente si no fuera capaz de crear algo bueno sin servirse de aquella materia que Él no había creado».

A pesar de que aún no había encontrado la respuesta a ésta y otras preocupaciones, observa que iba afianzándose en la fe de la Iglesia.

Confesiones VII 6,8

En el capítulo 6, cuenta san Agustín cómo se desenganchó de las falsedades y delirios de los astrólogos, que pretendían prever el futuro. En ello, tuvo que ver la intervención de Vindiciano y Nebridio y, sobre todo, un suceso protagonizado por Fermín, un amigo de Agustín, asiduo cliente de los astrólogos. Fermín acudió a Agustín a consultarle los horóscopos acerca de ciertos asuntos. Agustín accedió, pero le advirtió de que no estaba convencido de lo que hacía. Circunstancia que aprovechó Fermín para contarle a Agustín la experiencia puesta en práctica por su padre y otro amigo, con motivo precisamente del nacimiento de Fermín y el hijo de una criada. Meticulosamente comprobaron que el nacimiento de ambos había sucedido a la vez, por lo que les correspondía el mismo horóscopo, si bien el desarrollo de la vida de cada uno fue bien distinto.

Confesiones VII 6,9

El relato de su amigo Fermín desengañó a Agustín de la astrología, de tal forma que llegó a la conclusión de que tanto los aciertos como los errores en las predicciones basadas en el horóscopo se deben simplemente al azar, no a una técnica depurada o a la competencia del astrólogo.

Confesiones VII 6,10

Un ejemplo aleccionador de la falsedad de los horóscopos es el caso de los mellizos, a quienes, naturalmente, corresponde el mismo horóscopo. En el caso de los mellizos Esaú y Jacob, la historia de cada uno fue bien distinta. Así pues, si el pronóstico estaba en consonancia con el horóscopo, sería falso; para ser verdadero, debía desvincularse del horóscopo. Pero el acierto no es atribuible a la técnica, sino a la casualidad. Dios es quien rige justamente los destinos del universo de una forma misteriosa para el hombre.

Confesiones VII 7,11

Agustín se sentía zarandeado en el mar proceloso de sus reflexiones sobre el origen del mal, pero, sin embargo, se mantenía firme en la fe de la Iglesia sobre las verdades fundamentales acerca de Dios, Cristo y las Escrituras.

Sufría lo indecible, lo que sólo Dios conocía. Buscaba con ansia a Dios, pero fijaba su atención en las cosas visibles —de

inferior naturaleza que el mismo Agustín— tratando de descansar en ellas. Por eso no le ayudaban a remontarse hacia Dios, configurado a imagen suya, obedeciéndolo a Él y dominando el cuerpo, encontrando así el equilibrio adecuado.

La luz que le habría hecho ver con claridad la tenía en su interior, pero no le era de utilidad puesto que él mismo se había vertido hacia las realidades exteriores, las cuales lo retenían cada vez que intentaba entrar dentro de sí. Era como si las cosas inferiores se volvieran contra quien se rebelaba orgulloso contra su Señor.

Confesiones VII 8,12

Dios tuvo compasión de Agustín, al que espoleaba con estímulos internos, reduciendo la hinchazón de su cara y agudizando su visión interior; reformándolo de nuevo conforme a su imagen y semejanza.

Confesiones VII 9,13

La primera ayuda que Dios proporcionó a Agustín fue la lectura de algunos libros platónicos, en los que, en esencia, se hallaba el prólogo del evangelio de san Juan sobre la Palabra de Dios, por medio de la cual se hicieron todas las cosas. Lo que no encontró en aquellos libros era la encarnación del Verbo, que hace hijos de Dios a los que creen en Él. Esta Palabra es luz para el hombre y vida del mundo.

Confesiones VII 9,14

En los libros platónicos, encontró que la Palabra de Dios nació de Dios; pero no, que se hizo carne. Halló que el Hijo tiene la forma del Padre; pero no, que se hizo semejante a los hombres y se humilló haciéndose obediente hasta morir en la cruz, etc. Leyó que el Hijo unigénito del Padre es coeterno e inmutable como el Padre, y que, de su plenitud, alcanzan las almas la felicidad; pero no, que fue entregado a la muerte por los pecadores. Pues Dios reveló estas cosas a la gente sencilla y las escondió a los sabios y entendidos, los cuales, aunque conocen a Dios, no le dan gloria ni le dan gracias, sino que se entontecen en sus pensamientos.

Confesiones VII 9,15

También encontró en los libros de los neoplatónicos una denuncia contra la idolatría del pueblo de Israel, que trocó la gloria de Dios en ídolos, a los que daban culto, prosternando la imagen de Dios, que es el alma, ante la imagen de un becerro. Agustín confiesa que no incurrió en la idolatría.

Confesiones VII 10,16

Agustín nos narra su primer encuentro con la Verdad con mayúscula, Dios, que le produjo un escalofrío de amor y de terror: amor, por su infinita bondad y belleza; terror, por sentirse indigno, debido a la semejanza. La descubrió dentro de sí, adonde penetró por sugerencia de los neoplatónicos y guiado por Dios. La describe como una luz inmutable, de potencia superior a toda luz conocida, de una calidad diferente, situada sobre la inteligencia, no espacialmente, sino por haberla creado. Quien conoce la verdad, conoce esta luz, y quien la conoce, conoce la eternidad. A la Verdad, Agustín la llama Dios, que es Amor y eternidad. En su presencia se sintió indigno, pero amablemente invitado a sentarse a su mesa y comer el majar que sirve la verdad para ser transformado en ella. Ya no le quedaba ninguna duda de que existe la verdad y de que puede ser conocida, pues «se hace visible a la inteligencia a través de las cosas creadas».

Confesiones VII 11,17

Las criaturas existen porque reciben su ser de Dios; pero no existen plenamente por no ser inmutables, ya que el Ser verdadero es inmutable. De ahí que Agustín considere que su bien es mantenerse unido a Dios, pues sólo así podrá subsistir.

Confesiones VII 12,18

En su larga búsqueda del origen del mal, san Agustín da, por fin, con la solución. Acaba de decir que el Ser verdadero es inmutable, en cambio las criaturas pueden cambiar y pueden corromperse. Eso supone que son buenas en alguna medida pues sólo las cosas buenas (que no son sumamente buenas) pueden corromperse. Su corrupción conlleva pérdida de alguna parte de bien, no de todo bien en absoluto, pues entonces dejarían de ser. «Luego si existen es porque son buenas». «Y el mal, cuyos orígenes andaba investigando, no es una sustancia,

porque, si fuera sustancia, sería bien». Con lo cual, ya no había problema en atribuir a Dios la creación de todas las cosas, cada una de las cuales es buena y todas juntas, muy buenas.

Confesiones VII 13,19

San Agustín ha alcanzado, como si de una revelación se tratara, el convencimiento de que todo cuanto existe es bueno y, por tanto, no hay sustancias absolutamente malas. A Dios no se opone ningún mal pues nada puede corromper el Bien que Él es. Hay seres que pueden ocasionar mal a otros seres, por lo que se les puede considerar relativamente malos. Sin embargo, son buenos para otros seres, o para sí mismos, o para el conjunto de la tierra.

Dios se muestra esplendoroso en todas sus criaturas y por todas merece ser alabado, tanto las de la tierra como las del cielo; todas ellas en conjunto constituyen un bien mayor que solas las criaturas superiores.

Confesiones VII 14,20

San Agustín —como los maniqueos— no queriendo atribuir a Dios las cosas que le desagradaban, se adhirió a la teoría de las dos sustancias, cuyo resultado era una concepción de Dios errónea, material. Pero, por gracia de Dios, pudo obtener una visión no carnal de Dios.

Confesiones VII 15,21

Entendió que todas las cosas que existen reciben de Dios (único ser eterno) su existencia, y que, por el hecho de ser, son verdaderas (es decir, reales). Las cosas se desarrollan en el tiempo, el cual se despliega gracias a la actividad y estabilidad del que es eterno.

Confesiones VII 16,22

Comprendió que así como hay cosas buenas, como el pan o la luz, que no son apreciadas por paladares u ojos enfermos, tampoco la justicia de Dios es bien acogida por las voluntades pervertidas. Éstas se alejan de Dios por su semejanza con Él, encontrando su acomodo entre las partes inferiores de la creación, como les ocurre a la víbora y al gusanillo, que son buenos, pero unos bienes de ínfima categoría. Queda así estableci-

do que no hay sustancia mala (ni siquiera la mala voluntad), sino que toda sustancia es buena, aunque de diversa condición.

Confesiones VII 17,23

En sus esfuerzos por afianzarse en la convicción de la bondad de todas las cosas, creadas por un Dios bueno, se sintió atraído por la belleza de Dios, aunque no podía mantenerse en su contemplación. No obstante, esta visión le servía de guía en su itinerario intelectual, al percibir que las cosas visibles reflejaban las cualidades del Dios invisible. Así, al tratar de fundamentar por qué juzgaba bellos los cuerpos, vio, por encima de su mente mudable, la luz eterna y verdadera de donde recibía tal información.

El itinerario de su investigación partía de los cuerpos, subía —por medio de los sentidos— a la capacidad discriminatoria, que tienen los mismos animales; de aquí a la potencia racional (propia del alma intelectual), que es mudable, y de aquí se remontó al entendimiento, una especie de visión evidente de verdades incontestables: como la preferencia que se ha de dar a lo inmutable sobre lo mudable, o conceptos como el de inmutabilidad, que está como grabado en la mente. Al llegar aquí sintió el estremecimiento de encontrarse próximo al Ser mismo. La experiencia le duró poco pero le dejó el recuerdo amoroso de Dios.

Confesiones VII 18,24

Definitivamente la verdad eterna se encontraba en Dios —que hizo todas las cosas con sabiduría— y se hizo accesible a los hombres al encarnarse su Palabra. Ésta es Cristo Jesús, Palabra hecha carne, Mediador entre Dios y los hombres: Él es la Verdad y la Vida y también el Camino. Sólo que, para unirse a Él, hay que participar de su humildad para que Él nos levante.

Confesiones VII 19,25

La idea de Cristo, que, por entonces, tenía Agustín, era que se trataba de un verdadero hombre, en cuerpo y alma, extraordinariamente sabio. En cambio, Alipio creía que el pensamiento católico consideraba a Cristo como el sujeto resultante de la unión del Verbo divino directamente con la carne humana sin que hubiera en Él un alma humana.

Confesiones VII 20,26

Los filósofos platónicos pusieron a Agustín en la pista del descubrimiento de Dios a través de las criaturas. Agustín se había afianzado en la concepción de Dios como ser infinito, espiritual, verdadero, inmutable, creador de todo lo que no es Dios. Se consideraba en posesión de la verdad, pero no se confesaba pecador; conocedor de la meta, pero ignoraba el camino que lleva a la patria. Admite que le vino bien leer antes los libros platónicos que las Escrituras, las cuales le mostraron la salud. Si, por el contrario, hubiera leído primero las Escrituras y luego los libros platónicos, acaso éstos podrían haberlo removido de la verdadera piedad, o podrían haberle hecho dudar de que tal vez estos libros podrían suscitar, por sí solos, los mismos sentimientos que las Escrituras.

Confesiones VII 21,27

Tomó, pues, con avidez las Escrituras y en especial a san Pablo, y no encontró contradicción entre el antiguo y el nuevo Testamento, sino verdadera identidad, lo que le hizo estremecerse de alegría; esto lo consideró no hallazgo propio, sino don de la gracia. Ésta iba también sanando su enfermedad, por la que estaba encadenado al pecado, que le privaba de cumplir con diligencia la ley de Dios. ¡Gracias sean dadas a Jesucristo, que, con su muerte, canceló la sentencia condenatoria del hombre!

Nada dicen los libros platónicos de la obra histórica de Dios ordenada a la salvación del hombre: esto lo reservó Dios para los sencillos, a los cuales no sólo les dio a conocer la patria de la paz, sino también el camino que conduce a ella. La consideración de las obras salvíficas de Dios se iba introduciendo en Agustín, que se sentía lleno de pasmo.

Confesiones VIII 1,1

Al comienzo del libro VIII, Agustín se siente movido a dar gracias a Dios por las misericordias que ha obrado en él, rompiendo sus cadenas. Y se propone contarle para que los que lean su relato bendigan con él al Señor.

Se sentía cada vez más poseído por el Señor, con la seguridad que tenía de la vida eterna; con su concepción de la sustancia incorruptible... Ahora necesitaba más que de progresar en el conocimiento teórico, poner en práctica una conducta lo más acorde posible con la voluntad de Dios. Conocía el camino, Je-

sucristo, pero no se decidía a aventurarse por él. Se le ocurrió entonces entrevistarse con Simpliciano, cristiano piadoso, esperando que él le ayudara a recorrer el camino cristiano.

Confesiones VIII 1,2

Veía a la Iglesia abarrotada de fieles. Por su parte, se sentía disgustado de la vida que llevaba, pues se habían amortiguado las pasiones carnales, las expectativas de honores y el deseo de ganar dinero. Se sentía enamorado de la Iglesia. No obstante, aún se encontraba fuertemente encadenado por el placer sexual, al que no quería renunciar a pesar de la exhortación del Apóstol al celibato: aún se veía débil para esto y dudaba de cortar con la costumbre.

Por gracia de Dios, había hallado al Creador y a su Palabra, por el testimonio de la creación entera; y además le había sido dado el reconocimiento y la gratitud hacia Dios. Había encontrado la perla preciosa, pero dudaba en venderlo todo para comprarla.

Confesiones VIII 2,3

Busca, entonces, ayuda en Simpliciano, padre espiritual de Ambrosio. Le cuenta su evolución intelectual en la búsqueda de la verdad y obtiene su parabién por haber dado en leer los filósofos platónicos, traducidos por Victorino. Lo que dio ocasión a Simpliciano de presentarle a Victorino como ejemplo de hombre sabio y de prestigio social, que se convirtió de hinchado adorador de los ídolos en humilde seguidor del crucificado.

Confesiones VIII 2,4

Simpliciano había sido testigo directo de la conversión de Victorino. Éste, como hombre culto, se instruyó en la Escritura y en la literatura cristiana, y llegó a abrazar la fe cristiana en el corazón, pero no acababa de sellar públicamente su fe con el Bautismo. Finalmente, por el temor de que Cristo lo negara por no atreverse él a confesarlo, de la mano de Simpliciano se fue a la Iglesia para recibir la instrucción sobre los sagrados misterios y disponerse así a experimentar la regeneración bautismal.

Confesiones VIII 2,5

Llegó el momento tan deseado por la Iglesia, del Bautismo de Victorino. En el momento de subir al estrado para hacer su profesión pública de fe, la gente no pudo contenerse de corear su nombre, siguiendo un silencio expectante para oír su recitación de la profesión de fe. Para todos los presentes, representó un momento de júbilo y entusiasmo.

Confesiones VIII 3,6

Al hilo de la alegría de la Iglesia por la conversión de Victorino, se le ocurre a Agustín una reflexión general acerca de la experiencia humana de la alegría; en ésta suele regir la ley del contraste, siendo tanto mayor la alegría por la salvación de un hombre cuanto más desesperada era su situación.

Confesiones VIII 3,7

En la experiencia humana de gozo, rige la ley general de que encontramos mayor placer en el hallazgo o recuperación de un bien perdido que en la posesión continuada del mismo. La vida está llena de ejemplos. Incluso los placeres de la vida son tanto más deleitables cuanto han sido precedidos de una situación más adversa, como sucede al hambre con la comida.

Confesiones VIII 3,8

Es ley general que rige en los placeres carnales y en los espirituales; pero sólo en el mundo de los hombres. Pues, en Dios, no hay alternativas de sufrimiento y gozo, como tampoco les sucede a los seres que gozan eternamente junto a Dios.

Se pregunta Agustín si es que el modo de ser de los seres de este mundo es precisamente el de «esas alternativas de regresiones y progresos, de fracasos y reajustes», y prorrumpe en admiración de la sublimidad y profundidad de Dios, que está tan cerca de nosotros y, a la vez, tan lejos.

Confesiones VIII 4,9

Pide a Dios que incite a todos a convertirse a Él para gozar de sus dulzuras, pues todos los que se acercan a Dios son iluminados y hechos hijos de Dios, independientemente de la consideración que gocen ante los hombres.

Sin embargo es humano que la mayor notoriedad del convertido multiplique el número de los que comparten el gozo, y un gozo compartido por muchos es más intenso en cada uno de los que se gozan en él. Ahora bien, el que la conversión de alguno (por su prestigio social) se celebre con más alegría que la de otro menos conocido, no significa que Dios haga acepción de personas, pues es bien sabido que el Señor escoge la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes. Lo que no era óbice para que la conversión de Victorino resultara tanto más gozosa cuanto más repercusión había de tener para el bien de la Iglesia.

Confesiones VIII 5,10

El relato de la conversión de Victorino despertó en Agustín el deseo de imitarlo. Aún creció más su admiración cuando supo que Victorino se vio forzado por una ley del emperador Juliano a escoger entre su profesión de maestro o su fidelidad a Cristo, pues prohibió a los cristianos enseñar literatura y oratoria. Naturalmente eligió a Cristo. Por esto, Agustín lo consideraba afortunado por haber aprovechado tal circunstancia para consagrarse al Señor. Agustín quisiera hacer lo mismo, pero se encontraba esclavizado por su propia voluntad pervertida, que había hecho de la costumbre necesidad. Encontraba dentro de sí dos voluntades opuestas que destrozaban su alma.

Confesiones VIII 5,11

Experimentó el desgarramiento de su yo por la doble tendencia de su carne y de su espíritu. De momento, iba fortaleciéndose en él la tendencia del espíritu, de manera que aquello en lo que se imponía la tendencia carnal lo sentía como ajeno a su voluntad, como justa consecuencia de todo un hábito inveterado adquirido a base de decisiones culpables. Ya no podía alegar falta de conocimiento claro de la verdad para no ponerse al servicio del Señor.

Confesiones VIII 5,12

Compara su situación con la del somnoliento al punto de tener que levantarse de la cama, que se deja aprisionar dulcemente por la modorra. Al igual que el que lucha por levantarse sabe que es esto lo que le conviene, así Agustín estaba seguro de que era mejor entregarse al amor de Dios que a sus propios

apetitos; su hombre interior se deleitaba en la ley de Dios, mientras que su hombre exterior seguía encadenado por la ley del pecado. Es la misma experiencia que el apóstol Pablo refiere en *Romanos 7*, de la que sólo ve salida por la gracia de Jesucristo.

Confesiones VIII 6,13

En el capítulo 6, narra con detalle la visita que les hizo, en la casa donde vivía con Alipio y Nebridio, un tal Ponticiano. Recuerda que Nebridio estaba ausente, pero no recuerda el motivo de la visita. Sin embargo, retiene los pormenores de los relatos que les refirió Ponticiano por lo mucho que le ayudaron a liberarse del deseo de la unión carnal y de las ocupaciones mundanas.

Por entonces, Agustín seguía su marcha ordinaria aunque su angustia seguía aumentando.

Confesiones VIII 6,14

Al entrar en la casa, Ponticiano reparó en el libro de las cartas de san Pablo que había sobre una mesa, lo cual le llamó la atención. Bastó que Agustín le expresara su interés por aquellos escritos para que Ponticiano (que era cristiano) les hablara sobre el monje Antonio, de Egipto, del que no conocían nada. Como mostraran su interés y admiración, les hizo un detallado relato de su vida.

Confesiones VIII 6,15

De ahí derivó la conversación a las comunidades monásticas que poblaban los desiertos y llegaban incluso a los muros de Milán. Incidentalmente les contó lo que les pasó a él y a otros tres compañeros de la guardia del emperador en Tréveris. Mientras el emperador asistía a los espectáculos circenses de la tarde, los cuatro deambularon en dos parejas por unos huertos contiguos a las murallas. Los otros dos compañeros llegaron por azar a una cabaña habitada por algunos monjes, y, en ella, encontraron una *Vida de Antonio*, que uno se puso a leer y que le despertó entusiasmo y deseo de abrazar aquel género de vida. Al punto, decidió dar un giro a su vida permaneciendo con los monjes, buscando una vida más plena y feliz, pues consideró más estimable tener a Dios por amigo que ser amigo del emperador. Su compañero no sólo no se opuso sino que lo imitó.

Poco después llegaron a la misma cabaña Ponticiano y su compañero, que los respetaron, pero no siguieron su ejemplo, si bien los felicitaron y se encomendaron a sus oraciones. Quienes sí los siguieron fueron sus novias, que consagraron al Señor su virginidad.

Confesiones VIII 7,16

El relato de Ponticiano le removía las entrañas a Agustín, a quien el Señor ponía como ante un espejo para que viera su fealdad.

Confesiones VIII 7,17

En el curso del relato de Ponticiano, Agustín no dejaba de compararse con sus protagonistas, creciendo su amor hacia ellos y su odio contra sí mismo.

Había pasado unos doce años buscando la sabiduría, la cual es de más valor que todos los tesoros del mundo. Incluso había llegado, en su adolescencia, a pedir a Dios la castidad, pero con poco deseo de que Dios lo escuchara. Mientras, seguía en la superstición maniquea, combatiendo la doctrina de la Iglesia católica.

Confesiones VIII 7,18

Hasta ahora, había utilizado como excusa para no seguir al Señor la falta de algo seguro adonde encaminar sus pasos, pero ya no le valía el pretexto pues intelectualmente estaba convencido de haber hallado la verdad, y, sin embargo, no se decidía a dar el paso de abandonar toda vanidad.

Mientras hablaba Ponticiano, se reconcomía interiormente sumido en confusión. Cuando se marchó Ponticiano, entró en un debate consigo mismo buscando fuerzas para dar el paso hacia Dios, pero su alma se resistía llena de pánico ante la posibilidad de verse apartada de la costumbre.

Confesiones VIII 8,19

Había entrado en un estado de conmoción y agitación interior, preguntando a Alipio: «¿Qué es lo que nos pasa?» Ellos habían pasado una buena parte de su vida buscando la verdad sin encontrarla, y ahora resulta que unos indoctos se les habían adelantado en su hallazgo.

Estaba como fuera de sí, hablando sin tino, gesticulando, visiblemente alterado. Necesitaba estar solo y se dirigió a un lugar del huerto lo más apartado posible. Alipio lo seguía de cerca pues lo veía desquiciado.

Se sentía indignado consigo mismo por no estar en conformidad con Dios. Quería llegar a ese acuerdo, pero con un querer indeciso; necesitaba una voluntad vigorosa y total.

Confesiones VIII 8,20

La parálisis de su voluntad en aquel punto —una especie de querer indeciso— le da pie para reflexionar sobre la capacidad de determinación que tiene la voluntad humana. Resulta algo curioso: que el cuerpo obedece prontamente cualquier insinuación del alma, aunque el querer y el poder no se identifiquen, pues podría suceder que, queriendo mover una mano, ésta estuviera incapacitada por la parálisis; mientras que el alma no se obedece a sí misma para realizar el cambio moral de vida, lo cual depende del alma, en la que sí se identifican posibilidad y voluntad.

Confesiones VIII 9,21

El tema de la aparente doble voluntad del hombre había mantenido intrigado a Agustín durante su etapa maniquea; por eso interrumpe el relato de su conversión en el momento álgido, para analizar su experiencia íntima de cambio y poner al descubierto el error maniqueo.

Vuelve sobre la observación hecha en el número anterior: resulta que manda el alma al cuerpo y éste le obedece al instante (siendo que aquí no se identifican querer y poder), mientras que se manda a sí misma (en donde el alma se identifica con la voluntad) y sin embargo no se obedece. Parece que hay un doble querer. En realidad es un querer en parte y en parte no querer; una enfermedad del espíritu. Lo que falta (de determinación) a la buena voluntad lo ocupa la voluntad tibia o mala.

No son dos sustancias, sino dos tendencias.

Confesiones VIII 10,22

De esta doble inclinación de la voluntad deducían los maniqueos que hay en el hombre dos almas: una buena, que pro-

cede de Dios, idéntica a Él en naturaleza, y otra mala. Sin embargo, Agustín está convencido de que era él mismo el que quería y el que no quería, con un querer parcial. El no querer no lo considera propio de su voluntad sino como una intromisión, como una enfermedad adquirida por causa del pecado de Adán.

Confesiones VIII 10,23

Según los maniqueos, la alternativa que se plantea entre acudir a sus reuniones de grupo o ir al teatro revela la dualidad de naturalezas, una buena y otra mala. Pero ¿qué dirán si la alternativa está entre acudir a las reuniones de la Iglesia católica o ir al teatro? ¿Acaso sugerirán que ambas opciones tienen su origen en dos naturalezas malas? Concluye Agustín que «cabe la tercera posibilidad: que se conviertan a la verdad y no nieguen que, cuando alguien delibera, es una sola alma la que fluctúa agitada por voluntades diversas».

Confesiones VIII 10,24

La misma reflexión vale para el caso de dos opciones malas, como matar a uno con el veneno o con la espada. ¿Admitirán que hay dos almas malas? Las opciones malas o buenas se pueden multiplicar. Por ejemplo, uno se puede plantear el leer al Apóstol, o leer un salmo, o exponer el evangelio. ¿No será más razonable que atribuirlo a dos almas buenas, convenir que es una sola alma solicitada por opciones dispares de las que el corazón del hombre elige una preferente? «Es la misma alma la que quiere esto o lo otro, pero no (lo quiere) con una voluntad total».

Confesiones VIII 11,25

Retoma la narración de su lucha interior, que le hacía sentirse atormentado. Quería romper con su pasado y el Señor le presionaba con los sentimientos del temor y de la vergüenza para que rompiera el eslabón tenue que lo mantenía atado. Estaba casi a punto de hacerlo pero no lo lograba. «Dudaba entre morir a la muerte y vivir a la vida». «Y cuanto más se me acercaba aquel momento en que yo iba a ser otro distinto, tanto mayor horror me infundía», hasta el punto de paralizarlo.

Confesiones VIII 11,26

Este número describe con gran viveza psicológica y belleza literaria su lucha interior entre seguir el camino nuevo de la vida en Cristo o la costumbre inveterada del placer carnal.

Sus viejas amigas, las frivolidades de frivolidades, no dejaban de musitarle a sus espaldas los placeres de que se vería privado si rompía con ellas, y le hacían vacilar en dar el salto hacia donde oía la llamada. «La costumbre brutal y agresiva continuaba diciéndome: «¿Te crees que podrás vivir sin ellas?»»

Confesiones VIII 11,27

Cada vez oía más apagados estos reclamos. Por otro lado, la casta continencia lo solicitaba con ejemplos de variedad de personas castas y le tendía sus manos piadosas para que pusiera su confianza en el Señor, que lo recogería y lo sanaría. «Este debate que se desarrollaba en mi corazón era un debate exclusivo de mí mismo contra mí mismo», no de dos naturalezas enfrentadas.

Confesiones VIII 12,28

Toda su historia personal fue haciéndose presente a su conciencia, e hizo tal presión en su espíritu que produjo una tormenta de lágrimas. Queriendo dar rienda suelta a su llanto, se apartó de Alipio. Fue a dar a los pies de una higuera y allí dejó que sus ojos manaran lágrimas abundantes, mientras decía al Señor algo parecido a las palabras del salmo 6,4: *Y Tú, Señor, ¿hasta cuándo?* «¿Hasta cuándo voy a seguir diciendo mañana, mañana? ¿Por qué no ahora mismo? ¿Por qué no poner fin ahora mismo a mis torpezas?»

Confesiones VIII 12,29

Estando en éstas, le pareció oír un cantar que entendió como una invitación del Señor: «¡Toma y lee! ¡Toma y lee!» Recordó que precisamente el monje Antonio se había convertido a Cristo al oír un pasaje del evangelio que se aplicó personalmente. Así que Agustín se dirigió adonde había quedado el códice del Apóstol, junto a Alipio, abrió al azar y leyó: *Nada de comilonas ni borracheras... Revestíos, más bien, del Señor Jesucristo (Rom 13,13-14)*. Y, al punto, sintió como una luz de seguridad que ahuyentó las tinieblas de su duda.

Confesiones VIII 12,30

Con ánimo sereno, Agustín contó a Alipio la experiencia vivida, y, a su vez, Alipio le manifestó lo que le había pasado a él. Le pidió a Agustín que le indicara el pasaje que había leído, y siguió leyendo lo que venía a continuación: *Acoged al que es débil en la fe (Rom 14,1)*, palabras que se aplicó a sí mismo. De modo que, sin vacilación, se unió a Agustín en su adhesión plena a Cristo.

Ambos fueron a comunicárselo a Mónica, que saltaba de gozo, sin parar de bendecir al Señor, que le había dado más de lo que solía pedirle para su hijo. No sólo había cumplido su esperanza de verlo en su misma regla de fe, sino plenamente consagrado a Dios.

Confesiones IX 1,1

Después de la conversión, san Agustín respira aires de libertad, de los que lo ha rodeado el Señor —su salvación—, por lo que quiere alabarlos con entusiasmo. Había estado enfangado en el mal, al dejarse llevar de sus deseos y Dios tuvo misericordia de él, llevándolo a aceptar el yugo suave de Cristo Jesús.

Descubrió que la verdadera libertad está en querer lo que Dios quiere, Él que es más suave que todos los placeres, más resplandeciente que toda luz, más encumbrado que todos los honores. No sólo no le pesaba abandonar los antiguos placeres, antes bien le gustaba dejarlos, pues su lugar lo ocupaba el Señor.

Confesiones IX 2,2

Había decidido dejar la enseñanza de la Retórica, que califica peyorativamente como «mercado de la palabrería», en el que se busca sacar provecho no siempre limpio del uso de la palabra.

Por suerte, faltaba poco para las vacaciones de la vendimia, con lo que su retirada de la enseñanza pasaría casi inadvertida y estaría menos expuesta a presiones bienintencionadas para retenerlo en la enseñanza.

Confesiones IX 2,3

La decisión era firme, sólidamente fundada en la palabra de Dios y estimulada por los buenos ejemplos de los santos. El posponerla hasta las vacaciones de la vendimia eludiría que

fuera tachada de pedantería de Agustín, como para darse importancia.

Confesiones IX 2,4

Casualmente un dolor de pecho se alió con él para dar veracidad a su excusa de dificultad para ejercer la docencia, ante los que deseaban que Agustín fuera el profesor de sus hijos. Lo de excusa era porque la verdadera razón para desistir de la enseñanza era la de «dedicar mi ocio a considerar que Tú eres el Señor».

Esta expectativa gozosa le ayudó a soportar con paciencia los aproximadamente veinte días que faltaban para las vacaciones.

Confesiones IX 3,5

Tiene un recuerdo agradecido hacia Verecundo, el amigo que les prestó la finca de Casiciaco, el cual, por estar casado, no podía integrarse en el grupo de Agustín. No admitía otra forma de ser cristiano que la que ellos practicaban, por lo que daba largas al Bautismo. Finalmente lo recibió con ocasión de una enfermedad que resultó mortal. Agustín lo considera una gracia de Dios a Verecundo en recompensa de su generosidad, y un don al grupo de amigos de Agustín, que no habrían podido sufrir que su bienhechor hubiera muerto sin la gracia del Bautismo.

Confesiones IX 3,6

A la memoria de Verecundo, apenado por no poder unirse al grupo de Agustín, junta el recuerdo de Nebridio, dulce amigo de Agustín, que sí compartía el gozo del grupo. A Verecundo lo animaban a bautizarse para llevar una vida cristiana de casado; mientras que Nebridio estuvo a punto de incorporarse al grupo, lo que no llegó a producirse por la marcha a Casiciaco. No obstante, pronto los siguió en el Bautismo y también al África, aunque llevando una vida célibe entre los suyos.

Confesiones IX 4,7

Las vacaciones de la vendimia y la marcha a Casiciaco los vivió Agustín como una liberación, pues cesaba en su profesión de retórico. Camino de la casa de campo, bendecía al Señor, lleno de alegría.

De sus reflexiones y diálogos con los amigos, dejó constancia en algunos libros, que «aún tenían los tufos orgullosos de la escuela», aunque, a pesar de la resistencia inicial de Alipio, daban cabida al nombre del Salvador Jesucristo.

Le gustaría detenerse en recordar los beneficios con que Dios los regaló en aquel tiempo, que, de momento, pasa por alto a fin de confesar al Señor la transformación interior que iba obrando en él, así como el sometimiento de su orgullosa inteligencia, la rectificación de sus caminos tortuosos y la suavización de sus senderos abruptos.

Confesiones IX 4,8

San Agustín recuerda la emoción con que recitaba los salmos, «esos cantos de fe» de un espíritu humilde, que lo inflamaban de amor a Dios.

No podía dejar de acordarse de los maniqueos, que, por ignorancia de los misterios y resistencia a la fe cristiana, se veían privados de los remedios saludables. Le hubiera gustado que hubieran visto cómo gozaba él recitando y explayando los salmos.

Confesiones IX 4,9

Al leer las palabras del Espíritu en el salmo 4: *¿Hasta cuándo vais a ser pesados de corazón? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? Sabed que el Señor ha exaltado a su Santo (Sal 4,3-4)*, se reconoce a sí mismo entre los destinatarios de este mensaje, cuando, ajeno a la obra de la salvación realizada por Dios en favor de los hombres, él amaba la vanidad y buscaba la mentira. Por eso, no pudo por menos de sentirse horrorizado de temor, a la vez que esperanzado y jubiloso por la misericordia del Padre. Y reaccionó profiriendo expresiones fuertes que le hubiera gustado que las hubieran escuchado los maniqueos por si acaso les hubieran servido para convertirse al Señor.

Confesiones IX 4,10

Cuando leía: *Enojaos y no pequéis (Sal 4,5)*, lo entendía como un mensaje personal que le causaba una profunda turbación, pues le hacía considerarse responsable de su pecado. Había tomado nota y se había enojado consigo mismo para no pecar.

Había cambiado los bienes externos por el bien interno y eterno de la luz divina impresa en el hombre, que Agustín había saboreado pero que se sentía incapaz de explicar. No obstante, si le hubieran preguntado: *¿Quién nos hará ver la dicha?* (Sal 4,7), los habría orientado hacia su interior, donde él había comenzado el proyecto de su renovación y donde había empezado a sentir la dulzura de Dios.

Confesiones IX 4,11

En el interior del corazón, donde mora el Señor, que es siempre el Mismo, reina la paz y el descanso, prevalece la vida y permanece la esperanza. Todo esto lo aprendió en los salmos de la Escritura, contra la que él mismo había despotricado.

Confesiones IX 4,12

Quisiera que no se le olvidara nada de lo acontecido durante aquellas vacaciones. Hay una cosa que no quiere dejar de referir, anecdótica por el hecho en sí (un terrible dolor de muelas que sufrió), pero sorprendente por la forma en que desapareció, acto seguido de haberlo suplicado el grupo puesto de rodillas.

Confesiones IX 5,13

Finalizadas las vacaciones de vendimia, comunicó a los milaneses que cesaba en la cátedra de Retórica, alegando problemas respiratorios.

Por carta, pidió al obispo Ambrosio que le aconsejara la lectura más adecuada para su preparación para el Bautismo, recomendándole el libro de Isaías, que no le resultó nada fácil.

Confesiones IX 6,14

Cuando llegó el tiempo de inscribirse para el Bautismo, el grupo se trasladó a Milán. Nombra sólo a Alipio, de quien admira su virtud, y a su hijo Adeodato, de quien alaba su profunda inteligencia. Lo señala como interlocutor suyo y coautor del libro *El maestro*, escrito en Tagaste cuando Adeodato contaba dieciséis años, muriendo poco después.

El Bautismo lo refiere lacónicamente: «Recibimos el Bautismo y huyeron de nosotros las inquietudes de la vida pasada». Eso sí, recalca la «asombrosa dulzura» que sentía al considerar

los profundos designios de Dios sobre la salvación del género humano. Los himnos y cánticos de la Iglesia le provocaban lágrimas de emoción.

Confesiones IX 7,15

Los cánticos comunitarios eran una costumbre reciente en la Iglesia de Milán, introducidos como «práctica consoladora y estimulante» para mantener alto el ánimo de los fieles encerrados en la iglesia en vigiliias de oración en apoyo del obispo Ambrosio, perseguido por Justina, la madre del joven emperador Valentiniano, la cual se había hecho arriana. Mónica era la primera en participar en las vigiliias de oración. Esta práctica se ha conservado desde entonces y se ha extendido por las comunidades de muchas regiones.

Confesiones IX 7,16

Por entonces, le fue revelado a Ambrosio, en una visión, el emplazamiento de los restos incorruptos de los mártires Protasio y Gervasio, que fueron trasladados solemnemente a la basílica ambrosiana. En tal ocasión, tuvieron lugar curaciones de personas atormentadas por espíritus inmundos y hasta la recuperación de la visión de un hombre bien conocido que llevaba ciego varios años. El entusiasmo despertado en la gente frenó al menos la manía persecutoria de la emperatriz contra Ambrosio.

Confesiones IX 8,17

No habiendo motivo para permanecer en Italia y queriendo emprender un estilo de vida en común, el grupo de Agustín se dispuso a trasladarse al África. Se les unió Evodio, paisano y funcionario de la administración del Estado. Todos vivían juntos según el santo propósito que Dios les había inspirado. Así que bajaron a Ostia Tiberina dispuestos a hacer la travesía. Aquí los sorprendió la muerte de Mónica. Aprovecha Agustín para introducir en este lugar de sus *Confesiones* una breve semblanza de su madre, o, como él dice al Señor, «un panegírico de tus dones en ella», la sierva de Dios que lo hizo nacer a la luz temporal y también a la luz eterna.

Mónica nació en una familia cristiana y fue educada estrictamente por una sirvienta anciana que había criado al padre de Mónica y que gozaba de la confianza de la familia.

Confesiones IX 8,18

Cuenta una anécdota posiblemente sucedida en la adolescencia de Mónica. Ésta se la había referido a Agustín, que estimó oportuno recogerla en las *Confesiones*. A mi entender, el único motivo que se me ocurre para incluirla en el relato es el de reconocer y agradecer al Señor que corrigiera a tiempo un hábito desviado de su madre, que podía haber derivado en vicio, así como destacar la forma en que lo hizo el Señor, por medio del insulto de una criada, que la llamó «borrachina». Se trata del caso de la costumbre de Mónica (que se iba convirtiendo en hábito) de tomar un sorbo de vino cada vez que bajaba a la bodega a llenar la botella.

Confesiones IX 9,19

Como apuntó anteriormente, fue educada en la modestia y la sobriedad. En la edad núbil fue casada con Patricio, de quien toleró con paciencia las infidelidades conyugales. Siendo un hombre básicamente afectuoso, pero propenso a la ira, sin embargo supo llevarlo de tal manera que nunca le puso la mano encima pues sabía cuándo podía decirle las cosas; de forma que era motivo de admiración de las amigas, que deploraban que sus maridos les pegaran.

Confesiones IX 9,20

De igual modo, supo granjearse la simpatía de su suegra que, al principio del matrimonio, se mostraba irritada con ella debido a los chismorreos de las criadas, actitud que fue cambiando gracias a la tolerancia y mansedumbre de Mónica, hasta darse cuenta de la realidad. La misma suegra pidió a Patricio que mandara azotar a las criadas chismosas, que no volvieron a perturbar la armonía entre suegra y nuera.

Confesiones IX 9,21

La habilidad de Mónica para preservar la paz doméstica iba más allá de la propia familia. Dice Agustín que Mónica tenía dotes pacificadoras, procurando favorecer la reconciliación y evitando echar leña al fuego refiriendo a las partes enfrentadas dichos o hechos inamistosos de la otra parte, cuando no inventando falsedades que azuzaran la discordia; lamenta Agustín, por experiencia, lo extendido de esta costumbre nefasta, de ahí que ponga como ejemplo de humanidad el proceder de su madre,

que procuraba extinguir las enemistades mediante palabras de comprensión.

Confesiones IX 9,22

El mayor elogio que dispensa a su madre lo condensa en estas palabras: «Todos cuantos la conocían hallaban en ella motivos sobrados para alabarte, honrarte y amarte. Sentían tu presencia en su corazón por el testimonio de los frutos de una conducta santa».

Con esta bondad, terminó ganando para Cristo a su marido, que recibió el Bautismo. Fue una buena hija, una buena esposa y buena ama de casa, una buena madre de sus hijos carnales y de los siervos de Dios, los compañeros de Agustín en su propósito de vida común.

Confesiones IX 10,23

Como hecho destacado, común a madre e hijo, refiere Agustín la experiencia religiosa que vivieron él y su madre asomados a la ventana del jardín de la casa -de Ostia Tiberina- en la que descansaban de las fatigas del viaje desde Milán y recobraban fuerzas para la travesía hacia África.

Conversaban los dos «con gran dulzura» acerca de «cuál sería la vida eterna de los santos», tratando de imaginar «una realidad tan maravillosa».

Confesiones IX 10,24

En el curso del coloquio, llegaron a la conclusión de que el gozo de aquella vida no tiene punto de comparación con ningún placer carnal por más intenso que éste sea. Fueron recorriendo gradualmente todas las realidades corporales pasando por el cielo de los astros y los pensamientos de la mente, hasta llegar a la «región de la abundancia inagotable», «donde la vida es la sabiduría por la cual se crean todas las cosas de aquí» y donde habita la verdad eterna, que es siempre igual a sí misma.

Discurriendo de esta suerte, llegaron a «tocarla un poquito» con todo el ímpetu del corazón, «y suspirando, dejamos allí cautivas las primicias del espíritu», retornando a la realidad de esta vida, aunque prendidos del que es la Palabra divina, eternamente nueva y renovadora.

Confesiones IX 10,25

Para poder formarse alguna idea sobre la vida eterna de los santos, que era el motivo de su conversación, concluyeron que se debía procurar el silencio de los sentidos y de la imaginación; el silencio de los cielos y del discurso de la mente; el silencio de los sueños y de la fantasía; el silencio de todas las realidades mudables, que gritan: «No nos hemos hecho a nosotras mismas, sino que nos ha hecho el que permanece eternamente». Y finalmente, que se escuchara sólo al Creador de todas las cosas, no por mediación alguna, sino por sí mismo, «a quien amamos en estas cosas», «sabiduría eterna que permanece sobre todas las cosas», a quien tocamos con el pensamiento... Y si este estado de contemplación se prolongase y arrebatase «a su contemplador en los gozos más íntimos, de modo que la vida eterna se pareciera a aquel momento de intuición que nos hace suspirar..., ¿no sería esto el entrar en el gozo de tu Señor?»

Confesiones IX 10,26

Después de este vislumbre de la vida eterna, recuerda bien Agustín la reacción de Mónica, que había visto cumplidas con creces todas sus expectativas en esta vida. Dirigiéndose a su hijo, le dijo: «Hijo, por lo que a mí respecta, nada en esta vida tiene ya atractivo para mí... ¿Qué hago aquí?»

Confesiones IX 11,27

Tan sólo unos días después de la experiencia religiosa compartida con Agustín, cayó Mónica con fiebre y tuvo un desvanecimiento del que se recuperó pronto aunque no del todo. Y como presintiendo la cercanía de su muerte, dio órdenes a Agustín y a su hermano de que depositaran su cuerpo allí mismo, encomendándoles tan sólo que se acordaran de ella ante el altar del Señor, tras lo cual guardó silencio y se agravó su mal.

Confesiones IX 11,28

Sobre el lugar de la sepultura de su madre, refiere Agustín, con admiración, el cambio de mentalidad que ella había experimentado, pues siempre había mostrado el deseo de reposar junto a su marido. Tanto era así que había adquirido y preparado una sepultura junto a la de su esposo, para que «una misma tierra cobijara las cenizas de ambos». Agustín no deja de sorprenderse de facetas de su madre como ésta.

Recuerda que uno de los amigos que convivía con él en Ostia Tiberina le había escuchado a Mónica —en ausencia de Agustín— restar importancia al hecho de ser enterrada lejos de su tierra natal, alegando que Dios no desconocería el lugar donde se encontraba para resucitarla al fin del mundo.

A los nueve días de su enfermedad y cincuenta y seis años de edad fue liberada de su cuerpo aquella alma fiel y piadosa.

Confesiones IX 12,29

El propio Agustín le cerró los ojos, con el alma llena de tristeza y conteniendo las lágrimas, para que no pareciera que deploraban su desaparición de la existencia. Sin embargo, Mónica ni había muerto miserablemente ni se había extinguido totalmente. De eso estaban seguros por el testimonio de sus costumbres y por su fe no fingida.

Confesiones IX 12,30

Se pregunta Agustín por qué, pues, sentía tanto dolor interior, cosa que, al presente, considera como algo natural, consecuencia del «repentino desgarró» de la dulce convivencia. Le consolaba que, en los últimos días, debido a sus atenciones para con su madre, lo hubiera llamado hijo piadoso, con grandes muestras de cariño. Pero eso no impedía que sintiera el alma herida y la vida casi despedazada.

Confesiones IX 12,31

Evodio entonó un salmo y todos le respondían. Agustín se retiró con los amigos a un lugar más reservado y hablaba con ellos de los tópicos del momento manteniendo el ánimo sereno, por lo que lo creían insensible al dolor.

Pero la procesión iba por dentro. Ante el Señor, a quien nada se le oculta, se sentía obligado a disculparse por su sensibilidad y su tristeza. Por ello, se encontraba incómodo consigo mismo y esto aumentaba su dolor.

Confesiones IX 12,32

En los actos del sepelio, incluido el santo sacrificio y las oraciones junto al sepulcro, tanto Agustín como los acompañantes se mantuvieron sin llorar; Agustín, eso sí, estaba invadido por una profunda tristeza. De esta experiencia aprendió que el

dolor por la muerte de un ser querido es natural, propio incluso de las almas piadosas.

Se dio un baño, pero no le reportó alivio. El sueño sí le mitigó el dolor. Al despertar, recordó un himno de Ambrosio.

Confesiones IX 12,33

Luego volvió a repasar los recuerdos de su madre, de la que la muerte lo había separado repentinamente, y entonces dio rienda suelta a las lágrimas durante aproximadamente una hora, y se sintió aliviado. Aún (cuando escribe) siente la necesidad de excusarse por el llanto, que era considerado como propio de espíritus blandos, aunque lo tranquiliza que fuera Dios, y no los hombres, quien escuchó su lloro.

Confesiones IX 13,34

Al presente, considera cicatrizada la herida del corazón de la que brotaron aquellas lágrimas, que se pueden achacar a un afecto carnal. Las contrapone a las lágrimas que actualmente derrama por su madre, hechas plegaria para obtener el perdón de sus pecados, de los que nadie está libre, por lo que la encomienda a la misericordia de Dios.

Confesiones IX 13,35

Presenta al Señor las buenas acciones de su madre, su misericordia y su disposición a perdonar; pero, sobre todo, el sacrificio de Cristo por nosotros y su oración de intercesión ante el Padre. Por lo que pide a Dios que triunfe en Él la misericordia sobre la justicia.

Confesiones IX 13,36

Recuerda al Señor que su madre, próxima a la muerte, no procuró honra para su cuerpo, sino que puso en Él su confianza, demandando sólo oraciones, no exhibiendo méritos ante Dios, sino alegando que sus deudas ya habían sido perdonadas gracias a la sangre derramada de Cristo.

Confesiones IX 13,37

A ella y a su padre Patricio les desea la paz; y pide que oren por ellos, a sus hermanos y a cuantos lean el relato de sus *Confesiones*.

Modesto GARCÍA GRIMALDOS, OSA